



LA MANO TENDIDA.

Marietta Calú, primera reelegida para el cargo de Fallera mayor, hace gala del mejor de los talentos para afrontar la negociación con los más altos responsables del cuerpo de bomberos.

T. ELENO. Doña Marietta Calú es la primera sordomuda (e incluso la primera persona) en ser reelegida para desempeñar la más alta magistratura del Levante ibérico. Reanuda, tras la polémica e inoportuna moción de censura (Cfr. LR número veintiuno, junio de 2006.) que a la postre le ha servido para renovar su mandato, las conversaciones con el Ministerio del Interior del Gobierno del Reino de España para “la puesta en valor en plena conformidad con la idiosincrasia del País valenciano” —según sus propios gestos— del cuerpo de Bomberos. Nos cita en la horchatería del Palacio falleril. Las moscas sobrevuelan nuestros autóctonos refrigerios atraídas por su alto aporte calórico.

LE ROSAIRE: Levanto mis manos a la altura de los hombros con los brazos ligeramente flexionados. Recojo los dedos índices, pulgares y corazones de mis extremidades superiores y giro 45° las muñecas. Doy seis palmadas. Muevo, simulando unas tijeras, los dedos índice y corazón de mi mano derecha, Bajo el brazo izquierdo con la palma extendida paralela al suelo.

MARIETTA CALÚ: Une formando un círculo el pulgar e índice de su mano derecha e instantes después hace lo propio, es decir, exactamente lo mismo con los de la izquierda y enlaza ambos gestos como si fueran eslabones de una cadena. Después, con la palma derecha, se golpea el pecho tres veces. Une las puntas de los dedos meñique y pulgar derechos [Risas] y pone la palma de la mano derecha sobre el antebrazo izquierdo cuya mano deja con la palma abierta mirando al cielo.

LR: Alzo mi mano derecha y enseño, por este orden, el dedo corazón, el anular y el meñique, estos dos a un tiempo, y el pulgar. Me llevo la mano izquierda a la cara y me doy tres golpecitos en el moflete. Doy una palmada para matar a una mosca que se acercaba peligrosa y asquerosamente al refresco de chufa que descansa sobre la mesa. Para evitar malentendidos trazo un aspa en el aire con el índice de mi derecha y repito la parte expositiva de esta pregunta. Después de retomar el hilo me cruzo de piernas, extendiendo ambos brazos y aleteo.

MC: En claro gesto de buena voluntad la Fallera mayor con los antebrazos pegados a su sinuoso tronco extiende los brazos con las palmas abiertas aproximadamente 30° en relación con la horizontal del suelo. Luego, alza el izquierdo y da tres bajadas súbitas remarcadas con fieros golpes de codo sobre el mármol del velador.

Algunas gotas de horchata se derraman y las moscas acuden raudas a catar el tubérculo batido. (Sigue en el envés →)

COMENTARIOS AMPERPAPIGIOS

¿Cómo ocupar ocho horas un despacho sin nada que hacer? ¿Cuántas veces puedo rescribir a lo ancho de un mes estas 245 palabras? Y luego ¿qué versión publico? ¿La primera, siempre más espontánea e inconsciente, en la que me reconozco más a mí mismo o alguna de las sucesivas correcciones en las que camufló tras metáforas líquidas lo que pienso y siento? Mi estilo es un escudo, una coraza en la que intentando ser yo, dejo de serlo. Busco el juego de artificio, la sugerencia ambigua, las imágenes propias del duermevela y me aparto a saltos de mata de lo que verdaderamente soy. Claro que muchas veces no es tan sencillo y en el espejo no encontramos nuestra imagen invertida sino la real y en los tropos me reconozco en facetas inconfesables, aristas que escondía (o intentaba ocultar) bajo la sombra de las buenas costumbres. Ya he recortado todas las uves dobles de los periódicos del día y, como cada martes, he recitado las capitales de los países de Asia. Cojo mi pluma y comienzo a retocar el artículo: «¿Qué hacer en una jornada laboral sin tareas? ¿Cuántas veces corregiré en un mes estas 245 palabras? ¿Qué versión decidire publicar? ¿La más espontánea o alguna de las siguientes en que mi máscara está más presente? Tras mi careta, compuesta de calambures y paradojas, escondo lo que no soy. Un olor a condena enagua mi nariz y no me permite siquiera escribir lo que pienso que pienso...»

Gervasio Fritzgerald
Director capitidismuido.

<http://lerosaire.blogspot.com>

(Viene del haz) Marietta con ambas manos espanta a los dípteros y, ya para continuar su respuesta, alza su brazo izquierdo de nuevo girando la mano en un gesto semejante al de “recoger la manzana” propio de las bailaoras del Sur peninsular. Finalmente extiende su palma derecha al frente.

LR: Tamborileo en la mesa con todos mis dedos índices y corazones, excepto los de las extremidades inferiores. Repito el último gesto de la señora Calú (Mano derecha al frente con el brazo totalmente extendido) y prosigo dibujando un círculo en el aire con el dedo índice de la mano de dicho brazo, después, como si fuera una pinza, cierro cuatro veces el corazón de la derecha sobre el pulgar.

MC: Se frota el vientre con la palma derecha [Risas]

LR: Con todos los dedos de la mano derecha extendidos hacia arriba simulo una llama. Alzo mis dos puños cerrados y doy tres golpes al aire. Dejo caer los brazos muertos a lo largo de mi cuerpo. Levanto la mano izquierda y con dos de sus dedos —en el fragor de la conversación no sabría precisar cuáles fueron— me tiro del lóbulo del mismo lado. Entrelazando los dos pulgares ante mi cara simulo un ave.

MC: Tiende generosa su blanca mano.

LR: Se la estrecho.

La Fallera mayor se compone la peineta. Recoje algunos documentos que ha ido consultando para contestar a mis preguntas y se levanta sonriente después de apurar su horchata. Una procesión de moscas siguen el dulce aroma pegado en la comisura de sus labios. Da gusto hablar con un cargo político tan sensato como la señora Calú.

LE ROSAIRE es una publicación de EDIC16S DA MITOCONDRIA S. L.

Pero, puestas las miras y el empeño en adentrarme en el reino, o más bien selva, de aquello a lo que he dado el nombre de figura, conviene que me entretenga todavía en algunas precisiones acerca de las danzas representativas.

La verdadera historia de José Luis Coll.

(y I)

Don José Luis Coll nació en 1931 en la aldea de Pu-erh, provincia de Pekín (así se conoció durante el siglo pasado, aunque pueda parecerle increíble al lector, la provincia de Beijing). Su padre, don Kurt Kolh, un marinero alemán (a la sazón tío del que sería presidente de la RFA) quedó prendado de la solidez de las cadenas de una comisaría china tras perpetrar ciertos excesos gestuales sobre el mobiliario urbano de Pu-erh (en su descargo habría que recordar que el bam-bú es más frágil que el hierro forjado). Tras cumplir su pena como esclavo municipal decidió quedarse en China donde sus rasgos exóticos le convertían en un objeto de deseo para las orientales. Durante bienios ejerció la tercera profesión más antigua del mundo hasta que conoció a una española (María Luisa Kolh, de soltera Fernández) con la que celebró un contrato de unión sexual libre consagrado por el Presidente local del Partido Comunista Chino. María Luisa había llegado hasta Pu-erh en ejercicio libre de su profesión pues trabajaba de globbetroter, un oficio muy en boga en los años veinte del siglo pasado. Meses después veía la luz José Luis, un bebé chic, como su padre; sagaz, como su madre y bajito, como la mayoría de sus convecinos. Sus padres embarcados en una aventura empresarial que, según algunos historiadores, desencadenó la II Gran Guerra, encomendaron la educación de su primogénito al Liceo Quebecuá. Pronto el infante ingresó en el ya mítico grupo de teatro aficionado “Concepción Arenal” de entre cuyos miembros despuntó pronto por su alta libertad imaginativa y un gusto libidinoso por la paradoja. En realidad el mozo José Luis pensaba en mandarín, su lengua comarcal, y al traducir los ideogramas al francés, en el Liceo; al castellano, con su madre o al asturleonés, cuando hablaba con su padre, resultaban juegos de palabras con los que sus interlocutores eran incapaces de mantener la seriedad austera que, por aquel entonces, exigían los líderes revolucionarios. Toda su vida tuvo que cargar con las muertes de aquellos que fueron ejecutados por reírse tras él preguntarles, por ejemplo, la hora que era. A los veintitrés años —la mayoría de edad en el meridiano 120— sus padres le descubrieron la verdad. María Luisa colaboraba con una organización supersecreta (C.E.A.S.) antaño vinculada a la Corona española pero de la que se había desligado tras la dictadura de Primo de Rivera. Con el fin de obtener medios económicos, desde el C.E.A.S habían decidido “inventarse” una provincia de la que desviar fondos de los Presupuestos y poder continuar con sus actividades de espionaje al mejor postor. Un número importante de agentes se dedicaban en exclusiva a dar verosimilitud a “Cuenca”, así habían denominado al territorio imaginario que situaron en un páramo cuasidesértico de una de las mesetas ibéricas. El joven Kolh se quedó perplejo: “¿Entonces la huerta de calabazas y el import/export de cabello de ángel?”. “Una tapadera”, le respondió don Kurt. “La organización quiere que pongas a su servicio tus aptitudes. Aquí tienes un guión sobre lo que, a partir de ahora, es tu pasado. Serás actor, como siempre has querido, pero español!” —dijo la madre. “¿Y si me niego?” El rictus de su progenitora fue respuesta suficiente. José Luis, ya apellidado Coll, aceptó.